

Constantinopla: Oriente y Occidente

*Teodoro Láscaris-Comneno**

En su propia etimología las palabras Oriente y Occidente expresan significados antagónicos. Ambas provienen del latín: Oriente de *oriens-orientis*, de *oriri*, aparecer, nacer, alzarse; y Occidente, de *occidens-occidentis* de *occidere*, morir. Este nacimiento y esta muerte corresponden al sol, por ello se simboliza al Oriente con el dios Apolo, entre rayos de luz, subiendo a su carro preparado por las Horas, mientras por el contrario el Occidente es interpretado como un Anciano, con cinturón azul en el que figuran los signos de Géminis, Libra y Acuario; sobre su cabeza brilla el Héspero, estrella de la tarde, y sobre su boca ciñe una banda o cinta, emblema del silencio; en torno suyo revolotean multitud de murciélagos.

En el contraste y antítesis entre el nacimiento y la muerte, la luz y las tinieblas, expresado en tantos cultos solares, y especialmente en el zoroastrismo y mitraísmo, viene a indicar las dos grandes parcelas en que durante la Historia Antigua y la Medieval vino a dividirse el mundo terráqueo.

Sin embargo, ha venido a través de los tiempos, considerándose como el Oriente, el Asia antigua y las regiones inmediatas a ella en Africa y Europa, designándose limitadamente como Antiguo Oriente, el Asia anterior y Egipto. Más tarde la división del Impe-

*Príncipe Theodoros IX Eugenio Emmanouil Láscaris-Comneno Micolaw, Porfyrogénito, Príncipe de Constantinopla y de Nicea, Príncipe de Grecia y Chipre, Duque de Tesalia y de Pérgamo, Gran Maestre de la Orden de San Constantino el Grande y de Santa Helena, Presidente de la International Philo Byzantine Academy and University, Doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid, y Doctor en Filosofía por el Institut International de Recherches Scientifiques, de París. Actual profesor de la Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela.

rio de Roma en el 395 d. J. C., hizo que los límites orientales avanzaran más en el continente europeo. Luego el propio mundo musulmán quedó dividido en Oriente y Occidente al establecerse en el mismo ambos Califatos. En el siglo XVIII se dio la llamada Cuestión de Oriente a causa de la decadencia del Imperio otomano y de las rivalidades entre las grandes potencias para repartirse o impedir el reparto desventajosamente de los restos turcos. Y por fin en el siglo XIX las características del Asia Oriental hacen que se la distinga del propio Oriente; denominándose a China, Japón, Indochina y costa oriental de Siberia, Extremo Oriente. China e India tuvieron más bien pocas y escasas conexiones con el mundo llamado oriental de Egipto, Babilonia, Asiria y Palestina, pues este mundo constituía un bloque cultural, en el que unos pueblos se hallaban muy influidos por otros, e incluso tenían parecidos caracteres somáticos, semejantes lazos religiosos, políticos, morales, legales, con excepción del pueblo israelita de religión monoteísta entre el más avanzado politeísmo.

El Occidente, donde se oculta o desaparece el sol, adopta su propia estructura con la división de Roma, con el Imperio Romano de Occidente, con sus dos Prefecturas, de las Galias y de Italia. Más tarde restaurado por Carlomagno, perdura a través de la Catolicidad Medieval y su Sacro Imperio Romano Germánico, hasta las Monarquías Absolutas y los Estados Modernos, de la actualidad.

Como expresa Jacques Pirenne en el Prólogo a su *Historia Universal. Las grandes corrientes de la Historia*, es en esencia la historia, continuidad y solidaridad, que perdura de generación en generación, y que por tanto enlaza el tiempo actual con las más remotas épocas. Y es solidaridad, porque en la comunidad de las naciones, la Historia de cada una evoluciona en función de la Historia Universal de todos los pueblos. La formación de los Estados nacionales, desde el siglo XVI impulsó a las historias nacionales. En oposición a ello, en la segunda mitad del siglo XIX comenzó el movimiento que había de expresar e claramente después de la primera guerra mundial hacia la Historia Universal en su conjunto, poniendo de relieve en las conciencias la solidaridad, basada como muy bien dice el pensador español don Celso Joaniquet, en la coexistencia y cooperación motivadas en que la tierra es ilimitada en su continuidad pero limitada en su extensión.

Sólo, pues, al confrontar las culturas y civilizaciones de todas las épocas y raza, puede brotar la Filosofía de la Historia, dando

respuestas morales, sociológicas y científicas a las preguntas que se plantea el hombre.

Para el mesianista ruso P. J. Tschadaiev (1794-1856) los dos grandes principios espirituales de la vida son la razón y la imaginación, expresados en su época por Alemania y por China, Occidente y Oriente. El filosofar proviene de la Grecia Clásica, que es la que mantuvo y venció al gran empuje que viniendo del Oriente quería anegar Europa. Durante medio siglo (500-449) los griegos tuvieron que defenderse de los ejércitos de Darío, Jerjes y Artajerjes. Darío en su política expansionista deseaba sojuzgar todo el mundo griego. La victoria helénica produjo el maravilloso siglo v o de Pericles, que elevó Atenas al máximo esplendor, y más tarde el genial Alejandro vengará las invasiones macedónicas con la conquista de los territorios del Imperio Persa.

René Sédillot, en su *Panorama de la Historia del Mundo* se pregunta: Y si para los constructores del Partenón, los persas son bárbaro, ¿quién no lo sería para ellos? Y se contesta: “Y sin duda, los persas, como los medos, a los que vencieron, no eran más que nómadas indoeuropeos cuando desde el Irán se lanzaron al asalto del viejo Imperio Asirio, que querían regenerar. Ciro se apodera de Babilonia y de la opulenta Lidia, Cambises conquista Egipto y Etiopía. Darío no tiene otra cosa que hacer más que ordenar este universo que se extiende por toda el Asia anterior e hincar sus dientes en el continente africano”.

Los persas edificaban palacios más lujosos que elegantes. Zoroastro había modificado su religión, mas sus magos conservaron el culto a Mitra, el dios de la luz y protector de los reyes. Poseían sentido de la administración. Poseen un ejército profesional, al que los helenos, salvo Esparta, no oponen más que milicias cívicas. Mas el coloso persa es pasivo, le falta el empuje que llevará a los macedónicos desde el corazón de Grecia hasta los límites del mundo conocido.

El Conde Gonzague de Reynold, profesor de la Universidad de Friburgo, historiador y filólogo suizo, en seis volúmenes trata de presentar una verdadera epopeya europea, desde los tiempos de la prehistoria hasta la acumulación de los elementos espirituales y materiales que convirtieron a Europa en el foco de la civilización más poderosa, única gran civilización ecuménica que ha permanecido en durable progreso, y para ello después de estudiar en su primer volumen: ¿Qué es Europa?, en los segundo y tercero presenta El mundo griego y su pensamiento y el Helenismo y el genio

uropeo, para pasar luego al mundo del Imperio Romano, del bárbaro y su fusión con el romano y el Cristianismo y la Edad Media.

En *El mundo griego y su pensamiento* cita la advertencia con que M. Piganiol inaugura su *Historia de Roma* (1939), en que pregunta: “¿Dónde reside la unidad de la historia griega, desde sus orígenes hasta la época helenística?”. Y responde: “Esta historia nos muestra, en sus principios, la acción del Oriente sobre las civilizaciones mediterráneas, y en sus postrimerías, la reacción griega sobre el Oriente. El problema que la domina por entero es el problema del contacto entre Europa y Asia, el del duelo empeñado entre ambas y el de su mutuo enriquecimiento”.

M. Robert Cohen en *Grecia y la helenización del mundo antiguo* nos dice: “Un pueblo, un pequeño pueblo de apenas unos cuantos millones de almas, salido tardíamente —hacia el principio del segundo milenio— de las selvas balcánicas, se establece en la más estéril de las penínsulas y en las más pobres de cuantas islas bañan el Mediterráneo. Se instala en la encrucijada de los caminos de Europa y de Asia, rodeado de las civilizaciones más viejas del mundo. Apenas llegado, toma de todas éstas sus mejores elementos: una multitud de ideas eclerotizadas o estériles desde hacía ya siglos y que corrían el riesgo de permanecer por siempre en semejante estado, se las asimila con una rapidez prodigiosa, las elabora y desarrolla a su manera, e imprime en ellas el sello de su genio peculiar, para difundirlas luego por sí mismo a través del Oriente, al que conquista por las armas y por el espíritu, dejando a Roma el cuidado de transmitirselas al Occidente. Fue de este modo como unas minúsculas ciudades, y sobre todo una de ellas, Atenas, lograron ejercer influencia perdurable y bienhechora sobre una porción inmensa de la humanidad”.

De Reynold afirma que al salir la civilización griega de la misma Grecia, nada ni nadie podrá obligarla a recogerse de nuevo en el suelo helénico. El período helenístico no pertenece ya a la época helénica, sino a la época de los imperios. Las conquistas de Alejandro así como los Imperios de los Diádocos, sus herederos y sucesores, son a la Grecia clásica lo que muchos siglos más tarde, América será a Europa: “el trasplante, a un mundo más vasto y allende las aguas, de una civilización expansiva y superior”.

La vida griega siempre fue condicionada por sus relaciones con el Oriente, desde sus orígenes hasta la conquista romana, durante los siete siglos de dominación romana, a todo lo largo del Imperio

bizantino, luego bajo el dominio turco y por fin en la moderna historia de la Grecia contemporánea. Suman en total cuatro milenios. No es para De Reynold una mera constante, sino una verdadera permanencia.

Reynold en sostenimiento de su tesis afirmativa europea disociadora de lo oriental minimiza y valora desacertadamente las épocas helenística y bizantina, al afirmar que el elemento oriental acaba predominando sobre el griego, de tal manera que se produce, no una decadencia, sino un nuevo estado complejo, que estima más oriental que europeo, de cuyo resultado hubiera sido totalmente absorbido el helenismo en Asia, si no hubiera formado Europa a la retaguardia del mundo helénico, con su civilización occidental, una reserva que impidió que Grecia acabara en turca. Mas luego afirma acertadamente: "Grecia se encontrará de este modo equilibrada entre el Oriente y el Occidente". Y más propiamente que Grecia, debiera haber especificado que después del período helenístico es el Imperio de Bizancio el que presenta en la Historia Universal el más eficaz y sincero sincretismo entre los mundos oriental y occidental.

La Grecia Clásica no acabó su labor siendo la forjadora de Europa y del pensamiento racional occidental, sino que luego fue mucho más allá todavía, consiguió la síntesis con el Oriente, influyendo decisivamente en gran parte de Asia.

P. Jouguet, ex miembro de la Escuela Francesa de Atenas, profesor de la Universidad de París, en *El Imperialismo macedónico y la helenización del Oriente*, después de estudiar las campañas de Alejandro como una guerra de represalias contra los persas, y de la creación de su Imperio de Asia, pasa al Imperio Universal y a la India, con la conquista del Pendjab y la bajada hasta el Indo. Y después de ocuparse de la organización del Imperio, su desmembración y rivalidades entre sus continuadores, se detiene en la helenización del Oriente y en la organización del helenismo en los reinos grecoorientales: El Egipto de los Lágidas, y el Asia con los Seléucidas.

Alejandro no aspiró a un Imperio grecomacedónico, como se reveló en Fenicia al producirse por primera vez la oposición entre el pensamiento de Alejandro y el de los compañeros de Filipo. Darío reconociéndose vencido, aún protestando contra la agresión de Macedonia, ofrecía su alianza, un rico rescate por su harén, pero no dio a Alejandro el título de *basileus*. Alejandro le respondió recordándole las guerras médicas, las intrigas persas contra

Macedonia, y exigiendo le tratara de *basileus* y señor del Asia. Más tarde, en la carta que le envió Darío a Tiro le daba el título de rey y le ofrecía una hija suya como esposa, cediéndole Asia hasta el Halis, o sea, de Cilicia a Sinope. Pero Alejandro aspiraba al Asia entera como se le prometió al cortar el nudo gordiano. No podía el Imperio tener dos señores, el trono del Gran Rey debía ocuparlo el vencedor.

En tiempo de Alejandro, la India era una región de misterio y fábula, la frontera persa se detenía en los Paropamisos y la cuenca del Ganges, separada de la del Indo por un gran desierto. Vencido Poro por Alejandro, recobró su reino de manos de éste, e incluso engrandecido. Pues Alejandro después de fundar Nicea (Mong) y Bucéfala (Dshalalpur?) y de someter a Abisaro, venció a los montañeses glaucánicos. Por fin elevó 12 altares monumentales para señalar el límite de su conquista en Oriente, aunque su emplazamiento se desconoce. Quedaron los dos reinos de Taxilo y Poro bajo su protectorado y bajo el helenismo.

Alejandro quiso fundir en un solo pueblo a macedonios, helenos y persas. En Susa en el mismo día hizo celebrara la boda de cada uno de sus más destacados compañeros con una princesa persa, y él mismo, ya casado con Roxana, hija de Oxiartes, casó con la mayor y la última de las hijas de Darío. Con ello sobrepasaba el programa de sus predecesores orientales y hasta las más elevadas concepciones del pensamiento griego. La cultura y no la raza integraba el heleno. Alejandro pretendía la igualdad de sus pueblos, al menos entre persas y griegos.

De los Imperios de los Diádocos nos interesa por lo que representó en el tema que tratamos, el de los Seléucidas. Constituyó su reino Seleuco en el centro del Asia, conquistó Media, Susiana y Persia, sometió la Bactriana, y nos dice Apiano que reinaba además sobre Mesopotamia, Armenia, Partía, los árabes, los tapurios, Aracosia, Hircania y otros pueblos hasta la India. En la India limitaba su Estado con el de Sandracoto, hijo y sucesor de Nanda, rey de los prasios.

La conquista de Alejandro dio lugar a que en la India, los príncipes intentaran un nacionalismo imperial, para agrupar las fuerzas del país en un Estado más fuerte. Estalló la guerra entre Seleuco y Sandracoto que duró de 306 a 304, concluyendo con paz ratificada con un matrimonio. El Indo dejó de ser la frontera de las posesiones macedónicas, como confirma la inscripción húdica de Asoka, encontrada en Dshelabad, valle del Cabul.

Comprendía el Imperio Seléucida, prescindiendo de Egipto, los centros más antiguos y gloriosos de la civilización humana, Babilonia, Susa y Jerusalén. Encerraba las ruinas de Troya y de Nínive. Común patria de los Salmos de David, de la doctrina de Zoroastro, de la epopeya de Homero. Participaba de la gloria de Caldea y de la Jonia. “Renueva y reanuda una multitud de dominaciones: reinos comerciantes, Imperios guerreros, Estados sacerdotales, Lidia de Cresos, Media de Ciájares, Judea de Salomón, y además, la primera dominación mundial que absorbió las otras, la de los Aqueménidas. Por su enlace con el vencedor de Arbelas, es el continuador de Ciro y de Darío” (Radet, *Journal des savants*, 1913, p. 300).

Los Seléucida fueron grandes fundadores de ciudades. Antioquia precedió a Antioquia, Seleucia, Apamea y Laodicea. Antioquia era la capital, mas la ciudad mayor era Seleucia del Tigris, a la que se llamaba también Antioquia del Orontes o del Axios (J. Beloch).

Antioquia se hizo en varias etapas. Seleuco I llevó a la misma a los habitantes de Antioquia en número de 5.300. Después instaló a los griegos y macedonios de Heraclea, luego a los argivos de Iópolis y a los cretenses y chipriotas de Acrópolis, localidades situadas en la montaña cercana. Seleuco II y Antíoco el Grande fundaron la ciudad nueva en una isla del río y Antíoco Epifanes levantó el barrio Epifania, rodeando la ciudad de una muralla general. Aparte de griegos y sirios, habitaban en la misma muchos judíos, que igual que los de Alejandría, gozaban de privilegios, y Josefo afirma que Nicátor les igualó en derechos a los griegos.

Antioquia, Pérgamo y Alejandría fueron ciudades de sabios, literatos, filósofos y artistas. Eutíquides, discípulo de Lisipo, creó la *Fortuna* de Antioquia, estatua enorme, que representaba a la diosa, coronada de murallas, con un dios fluvial nadando a sus pies: el río Orontes.

La helenización del Asia se debió a los primeros reyes Seléucidas; después de la derrota de Antíoco III por los romanos, el Imperio se fue deshaciendo lentamente.

Sin embargo, aun cerca de medio siglo más el helenismo hace grandes progresos. Demetrio, rey de Bactriana, yerno y aliado de Antíoco III, llamado el Invencible, llevó sus ejércitos hasta el Himalaya y la desembocadura del Indo, y por el norte hasta el país de los seres o chinos y de los frinios o hunos. Volvió a abrirse el Pendjab para el helenismo.

Más tarde, por la relación del embajador chino Tchang-Kian, se sabe que hacia el 177, los hiong-nu o hunos, rechazaron al sur a los yué-tchi que debían ser los tokaros. Estos se lanzaron sobre el Turquestán oriental y expulsaron a los ssé (los saces) que atravesando los montes invadieron el valle del Cofen, del cual fueron arrojados los griego. Los yué-tchi, empujados por los usrun cayeron sobre Ta-hia, o sea, la Bactriana. El reino griego, combatido además por los partos, desapareció, no quedando en el Extremo Oriente otro centro de civilización helénica más que el valle del Indo.

Pompeyo, en nombre de Roma, acabó con los Seléucidas, reorganizó el Oriente y en el Eufrates estableció la defensa contra el Asia.

El rey griego que más impresionó a los indúes fue Menandro (Melindra), llamado en sus monedas el Justo, del cual se cree se convirtió al budismo. Su capital fue Sangala, a la que denominó Eutidemia, en alusión a la justicia y como sobrenombre grato a los budistas.

Es innegable la influencia griega en la India, pero existe gran diversidad de opiniones sobre sus orígenes y resultados. (A. Foucher, *L'Art gréco-boudhique du Gandara*, Paris, 1905).

La civilización helénica quedó unida a la vida de las ciudades. Estas tuvieron un desarrollo próspero durante el período helenístico. El Imperio Romano también se fundamentó en las ciudades, ha ta llegar a ser esencialmente, como dice Jouguet, “una federación de ciudades, libres y autónomas, gobernadas por el Emperador y el Senado”.

Sédillot resume de esta forma la penetración griega en la India: “Hasta en las mismas orillas del río (el Indo) se habla la lengua griega. Las monedas que circulan llevan la efigie de los dioses del Olimpo. Y de estos contactos nace un arte que multiplica en la India las estatuas vestidas al estilo griego y que atribuyen al propio Buda los rasgos de Apolo. Esta conjunción engendra la civilización grecobúdica, que, conocida gracias a la ruta de la seda, acabará por conmover a los artistas chinos”.

En mi trabajo “La science politique et l'Histoire en face de la paix universelle” estudié el que denomina Tiempo-Eje en su obra *El origen y la meta de la Historia*, Karl Jaspers. En ese tiempo se desarrolló el saber humano en tres distintas partes del mundo: en China, en la India, y en Occidente. Ahora bien, Jaspers comprende

como Occidente el Irán, Palestina y Grecia, situando ese tiempo en el 500 a. J. C., entre el 800 y el 200.

Es cuando acabó la Edad Mítica y comenzó el proceso de racionalización del hombre. En China surgieron Confucio y Lao-Tse-, Mo-Ti, Chuang-Tsé, Lie-Tsé. En la India Buda y los famosos comentarios de los Upanishadas. En el Irán, Zaratustra. En Palestina, los profetas, desde Elías. En Grecia, Homero, los filósofos Parménides, Heráclito, Platón, y los trágicos. Todos vivieron en esa época eje en China, en la India y en Occidente, ignorándose entre ellos.

No vuelve a encontrar Jaspers otro tiempo-eje, ni en la Edad Media, ni en los siglos XIX y XX. Los hombres continúan viviendo estrechamente vinculados a la gran transformación espiritual que sufrió la humanidad en el siglo V a. J. C.

Este tiempo-eje separa radicalmente en dos las generaciones humanas. Hay un corte profundo, que se puede ver claramente en la profunda distancia que separa el contenido de las inscripciones babilónicas del de las obras de los trágicos y filósofos helenos.

Con Alejandro fraternizaron todos los pueblos y dioses desde Macedonia y Egipto hasta la India. Todos los dioses de Egipto y del Oriente encontraron lugar en el panteón helénico.

La perspectiva histórica se falsea generalmente, porque según costumbre, se hace seguir la siguiente trayectoria: Las monarquías antiguas, la Grecia Clásica, Alejandro, y luego después se estudia Roma, desde sus orígenes hasta la decadencia del Imperio pagano.

Esto constituye un gran error. La línea a seguir debería ser: Grandes monarquías antiguas, Tiempo-Eje en Occidente, China y la India, y después la unión debida a Alejandro, de la Grecia Clásica con Persia, la India y Egipto, la cultura grecobúdica, los Imperios Helenísticos y luego el Imperio de Roma, para entrar en el Imperio de Bizancio.

La estructura política-supranacional la debió Roma al Oriente helénico, de quien tomó las ideas y símbolos. Por ello, al dividirse el Imperio de Roma en Oriente y Occidente, es en la Roma Oriental donde perdura durante once siglos, en la Roma Oriental continuadora no sólo de Roma, sino también de los Imperios Helenísticos, y del Gran Alejandro.

Por ello, hemos expuesto con alguna detención en relación con el tema que exponemos, los precedentes que vendrán luego a constituir la médula de ser y existir del mundo bizantino.

Mas Bizancio tiene algo nuevo y superior, que es el Cristianismo. El Emperador romano Constantino, tuvo la genial visión de

considerar a Roma como lugar que no se adaptaba a las necesidades del Imperio, y en las ruinas de la antigua Troya vio el sitio ideal para trasladar la sede romana. Y ya estaba a ello decidido cuando un aviso milagroso, según refiere el historiador cristiano Sozoménes, se interpuso, y durante un sueño que tuvo en la propia Nicea, un ser sobrenatural se apareció al César y le ordenó romper con el pasado de la Roma pagana. Entonces Constantino fijó su mirada en Bizancio como capital del Imperio.

Cuenta la leyenda que el propio Constantino, vestido de púrpura, condujo el mítológico arado que también usara el megarenses Byzas, para señalar los límites de la nueva ciudad. Y se añade que ante la enorme extensión del círculo trazado por el César, algunos de sus acompañantes le preguntaron cuándo iba en su marcha a detenerse, a lo que les respondió diciendo que cesaría cuando se detuviese aquél que marchaba delante, aludiendo sin duda al Arcángel Miguel.

Así nació la Ciudad de Constantino, inaugurada el 11 de mayo del 330. Erigida en sólo cuatro años, contó al principio con 200.000 habitantes, habiendo sido trasladados allí casi todos los ciudadanos de Roma, y todos los organismos oficiales, de tal manera que, según Baduri, en la antigua capital sólo quedaron “algunos pocos siervos y esclavos”. Pronto Constantinopla se convirtió en la incomparable ciudad que fue luego. De ella decía el poeta del siglo X, Suidas, que era “la ilustre y venerable ciudad, que posee la dominación del mundo y que reluce por multitud de maravillas”, llegando algún autor a afirmar que dos partes del mundo se encuentran en Constantinopla, mientras la tercera se halla distribuida por el resto.

Durante once siglos existió el Imperio que fundara Constantino, asegurando la expansión del Cristianismo, la conservación de la civilización clásica en lo que tenía de levadura revivificante para el renacer del Occidente. Sin Constantinopla, dice Eduardo Aunós, la latinidad habría quedado ahogada con la caída de Roma en poder de los germanos a fines del siglo V, faltando al mundo esa interpretación bizantina de los principios fundamentales de la antigüedad, sobre la cual descansa, en gran parte, lo mejor de nuestro patrimonio espiritual.

Por ello, al hablar de Constantino, dice Aunós: “el primer Emperador del nuevo imperio cristiano y caballero del Santo Grial entró por fin rodeado de pompa y solemnidad a la tumba que abierta le guardaba en la iglesia de los Santos Apóstoles”.

Su historiador Eusebio de Cesarea, dice: “Un solo Dios fue proclamado como Señor del género humano. Con él una potencia universal, el Imperio Romano, se elevó y prosperó, a un tiempo, y por providencial designio de Dios mismo, dos fuentes de reparadores beneficios se alumbraron para bien de la humanidad: el Imperio romano y la fe cristiana”.

Constantino —continúa Aunós— gran paladín de dorados sueños y vastas perspectiva luminosas creó un Imperio cimentado sobre vetas mucho más profundas y consistentes que las de la Roma cesárea. A su conjuro se yergue la majestad de Bizancio, protegida por el halo celeste de su misión providencial. La ciudad mística del Bósforo, con sus cúpulas aplastadas como si hubiesen caído allí desde el aura estelar por angélico mandato, será en adelante la transfiguración material de la Jerusalén celeste, y el Estado construido en torno suyo representará en definitiva el reino de Dios sobre la tierra, concluye Aunós.

El internacionalismo de la conquistada Roma, lo convierte Constantinopla en universalidad mística cristiana, enlaza el derecho con la teología, y el mundo transitorio con el cosmos permanente.

Hablando de Constantinopla, Ducas, el de cendiente de Emperadores, se preguntaba: “¡Oh, ciudad maravillosa, corazón del mundo, segundo paraíso plantado al Oriente de la tierra, con árboles encorvados por la carga de sus copiosos frutos espirituales, dónde está ya tu belleza sin par! ¿Dónde tu fuerza bendita? ¿Dónde tu gracia bienaventurada?”.

El historiador N. H. Baynes en su obra *El Imperio bizantino* enjuicia a Constantino como continuador de la obra de Diocleciano, el cual se había apropiado de las concepciones persas que primaban en la corte sasánida. “Su autoridad se derivaba ahora de una delegación divina; u *imperium* era un don del cielo”. Y al estudiar en este libro, la “Lista de los emperadores bizantinos”, pone como lema las palabras de Macbeth, “¿Qué la línea se extiende hasta el estallido del juicio final?”. Constituyen sus emperadores una sucesión de dinastías hasta la caída de la Ciudad de Constantino en poder de los turcos. Constantiniana, Teodosiana, Leoniana, Justiniana, Heracliana, Isáurica, Frigia, Macedónica. Comnena, Angela, Lascárida y Paleóloga.

Los sucesivos emperadores mostraron un gran interés en fomentar y mejorar las universidades, en fundar bibliotecas, en aumentar el número de profesores, y en que se reprodujesen los manuscritos de los clásicos.

Baynes traza a grandes rasgos el proceso de la educación de un joven perteneciente a las clases altas en el siglo IV.

“A los cinco o seis años de edad comenzaba a aprender a leer y escribir y los predicadores cristianos no cesaban de exhortar a sus padres a que comprendieran la responsabilidad personal que tenían respecto a sus hijos. ...A los diez o doce años el niño comenzaba a estudiar gramática. La palabra gramática, sin embargo, tenía una significación más amplia que la que estamos acostumbrados a darle; incluía no sólo el estudio de las declinaciones y conjugaciones y las reglas de sintaxis, sino también el conocimiento de los clásicos. Una vez que se había leído un pasaje, había que analizarlo y decomponerlo, explicar las palabras raras y difíciles, aprender la etimología y el significado y valor literario del autor estudiado. Para esto se empleaban lexicografías, paráfrasis y ediciones anotadas... A los catorce o quince años de edad el muchacho abandonaba la gramática por la retórica... Para el estudio de la retórica se leía gran cantidad de autores, en su mayoría prosistas: Demóstenes, Heródoto, Tucídides, Isócrates y Lisias... La lectura en voz alta no sólo servía para mostrar si se entendía correctamente al autor, sino que ayudaba también al desarrollo de la voz, pues en la retórica corriente de la época el orador entonaba más que hablaba las frases... El año escolar comenzaba en otoño y duraba, sin ninguna interrupción considerable, hasta el comienzo del verano... Las lecciones se daban durante la mañana y los estudiantes mayores asistían a las conferencias en la tarde...”.

“El estudio de la Filosofía, que se comenzaba a los 18 ó 20 años de edad, era la cima de la educación del siglo IV, y aunque en cualquier sitio —como en Alejandría y Constantinopla— el Estado sostenía a los profesores, en Atenas los fondos de la Academia, acrecentados por los regalos de los antiguos estudiantes, eran suficientes para cubrir las necesidades de los profesores, que pudieron así mantener su independencia”.

Las escuelas se extendieron por todo el Oriente de Roma. En Nicomedia y en Ancira en Asia Menor; en Cesarea, en Capadocia y en Nueva Cesarea en el Ponto. En Cilicia y Panfilia, así como en Sardes y Pérgamo en Jonia. De Alejandría salían los maestros para las escuelas de Pelesium, Hermupolis y Oxyrynchos, y para las de Cesarea en Palestina y las de Emesa en la frontera árabe. Alcanzó gran reputación la escuela cristiana de retórica de Gaza y en Siria. Antioquía, Apamea, Chalkis y Emesa destacaron por sus eminentes profesores.

Los estudios de Derecho en tiempo de Justiniano se realizaban en las universidades de Constantinopla, Roma y Berito. Los estudiantes cursaban cinco años de estudios. Justiniano prohibió las “novatadas” a los nuevos estudiantes, por considerarlas como costumbre indigna y detestable, propia de esclavos y no de estudiantes serios.

Durante el siglo IX resurgieron las enseñanzas filosóficas y científicas. El César Bardas restauró la Universidad de Constantinopla,

nombrándose profesores de geometría, astronomía y filología. Alejo I Comneno dio incremento a los estudios bíblicos.

El ideal de todo bizantino, como bien determina Steven Runciman, era una buena educación. La carencia de educación mental se consideraba como una desgracia, una desventaja e incluso un crimen. Todo ignorante era objeto de toda clase de burlas. La historiadora Ana Comnena elogiaba la posesión de un espíritu bien cultivado y bien provisto de abundantes conocimientos.

Se ignoran las facilidades que habría para la educación femenina, mas en la historia bizantina destacan mujeres sumamente instruidas, desde la profesora Hipatia o Athenais, la mujer de Teodosio II, que estudió toda clase de ciencias, escribió poesías y discursos, hasta Casia, ingeniosa escritora de himnos, o la escritora Ana Comnena.

Precisamente la diferencia entre un bizantino y un bárbaro se encontraba en que el bizantino ponía su suprema meta en la cultura, dedicando a ella sus mejores esfuerzos. ✓

Bizancio estuvo integrado por una amplia y variable base racial. Como ecuménico, la concepción de nacionalidad era extraña a él. Aunque desde el siglo VII se basó en el uso de la lengua griega, la proporción de griegos puros fue bastante pequeña. Nuevas estirpes como la ilírica, escita y asiática, ya se mezclaron con la sangre griega en la época helenística. El español Arcadio, casó con una goda, Eudoxia; su hijo, Teodosio III casó con una griega pura. Así, pues, los habitantes de Constantinopla procedían de todas las castas, aunque la nobleza proclamaba su ascendencia romana.

Desde el siglo VII en que perdió Bizancio, Egipto y Siria la médula de su población fue de Asia Menor: mezcla de frigios, hititas, gálicos, iraníes y semitas. Más tarde nuevas razas, los eslavos y armenios. También hubo en Bizancio mucha sangre árabe: el padre del héroe legendario Digenis Akritas era sarraceno convertido; el emperador Nicéforo I tenía sangre árabe. Llegaron a Bizancio varangianos, desde Escandinavia e Inglaterra, francos, catalanes. Todo el que fuera cristiano y hablara griego era un ciudadano aceptado en la comunidad bizantina. Las naciones eslavas que debieron su cultura a Bizancio no tropezaron jamás con adversión racial. La única raza que no se mezcló en el Imperio, debido a su religión, fue la judía; sin embargo, en Bizancio nunca fueron muy numerosos. Había algunos grupos de judíos de lengua griega en Asia Menor.

Cuando se fundó Constantinopla, Roma ya estaba en decadencia, y Cartago y Milán quedaban en plano inferior. Alejandría y Antioquía eran sus rivales más destacadas. En el siglo V Constantinopla contaba con un millón de habitantes. Mantuvo este nivel hasta la conquista latina, luego fue decayendo rápidamente hasta llegar a menos de 100.000 en 1453. En Constantinopla no había ningún distrito considerado exclusivamente elegante. Los palacios, viviendas humildes y ciudadelas estaban unos junto a otras. Las casas de los ricos se construían a estilo romano, de dos pisos, de fachada sin adornos, sus habitaciones rodeaban un patio interior, generalmente cubierto. Las casas modestas tenían balcones o ventanas a la calle. Médicos oficiales cuidaban en cada distrito de la salud pública.

Los jardines eran generalmente extensos y ostentados por el propio erario municipal. El Hipódromo, lugar de diversión popular, quedaba abierto a los pobres gratuitamente. Los que trabajaban para el Estado recibían alimentación gratuita. El Questor procuraba que el empleado rindiese un trabajo útil y que no hubiese parados. Para ello no se permitía a nadie la entrada en la ciudad salvo para asuntos autorizados. Tenía la ciudad asilos y hospitales para viejos y enfermos, fundados por el emperador o por algún noble. Para los niños de los pobres existían orfanatos del Estado; el funcionario encargado de los mismos era denominado Orphanotrophus.

La vida en los distritos rurales fue muy variada. En los distritos europeos había eslavos, albaneses y valacos llevando una existencia pastoril, conforme a sus costumbres tribales. En el Asia Menor había pequeñas colonias de sirios y búlgaros.

A pesar de las diferencias raciales, de la diversidad de medios de vida, aparecen a lo largo de la historia bizantina ciertos rasgos que prueban la existencia de un temperamento bizantino. Estaban orgullosos de su civilización; amaban la cultura y la belleza. La educación era lo que daba la entrada en la buena sociedad bizantina. Mostraron gran interés por las cuestiones y problemas de los pueblos a ellos vecinos.

Bizancio mantuvo grandes relaciones comerciales con el Oriente. Así, el Emperador distribuía entre los Príncipes bárbaros del Occidente, tesoros de la India y de la China, que servían para mantener el prestigio del Imperio. Se hacía principalmente este comercio por tres grandes rutas: la más corta por el oasis de Sogdiana (Samarcanda y Bukhara), atravesando la Persia, y conti-

nuando luego hasta la frontera del Imperio. El itinerario de la segunda era a través del Océano Indico, subiendo luego por el Mar Rojo. Y la tercera y más dificultosa atravesaba el Asia Central llegando al Mar Caspio, y de allí evitando Persia, continuaba hasta el Mar Negro.

Entre los años 552 y 554 un misionero nestoriano burlando la vigilancia de los persas llevó capullos de gusanos de seda al Emperador Justiniano. Se plantó gran número de moreras en Siria, y comenzó en Bizancio esta magna industria, que había monopolizado la China. A mediados del siglo XII el secreto de la seda fue revelado al Occidente, cuando Roger II, rey de Sicilia, capturó Tebas y Corinto, trasplantando a Palermo los operarios de la seda.

A través de sus puertos en Crimea (Bósforo y Quersoneso) comerció Bizancio con los hunos y con los ávaros de la Rusia meridional; generalmente éstos entregaban pieles, y las tribus caucásicas le vendían cordobane y pieles a cambio de trigo, sal y vino.

En el siglo VI era Ceilán el lugar de reunión de los mercaderes de las más diversas procedencias. Los comerciantes de la India y de Etiopía cambiaban la seda, el palo de áloe y las maderas de sándalo de la China, por lo vidrios y bordados de Siria. También traficaban con el ámbar y el jade de Occidente, con la pimienta de Malabar y con el cobre de Kalliana (cerca de Bombay). Los mercaderes axumitas llevaban estos productos a Adula, en el Mar Rojo, capital del reino etíope de Axum. De Axum transportaban al interior de Africa ganado, trigo y sal. Este viaje de ida y vuelta solía durar seis meses. También a Adula iban los barcos bizantinos.

Al reconquistar Africa, Justiniano hizo renacer la prosperidad general del comercio marítimo. Así los barcos de Alejandría llegaban hasta Britania.

Kluchewsky, en el volumen I de su *Historia de Rusia* dice que en los siglos IX y X era grande el comercio de Bizancio con Rusia. Comercio que se realizaba mediante trueque: pieles, miel, cera se cambiaban por vinos, frutas, productos de seda, etc.

Karl Roth en su *Cultura del Imperio bizantino* afirma que Bizancio continuó las antiguas relaciones comerciales que ligaban a los griegos y asiáticos con el Occidente, con el Norte, así como también con el Lejano Oriente. Ya en tiempos del Imperio Romano, Corinto, Alejandría y Antioquía eran enormes centros comerciales de los que los griegos y sirios helenizados mantenían factorías en España, en las Galias y en Germania. De sumo interés

para conocer la extensión adquirida por el comercio en aquellos tiempos son las anotaciones de Cosmás Indicopleustes, contemporáneo de Justiniano, que realizó largos viajes por la India y el África Meridional. Conocía Zingron (Zanzíbar), Barbaria, el país del incienso (Berbera en Somalilandia), describía Ceilán, la Taprobana de los griegos y mercado general de los pueblos ubicados entre el África Oriental y China.

La invasión árabe arrebató a Bizancio, Egipto y Siria, sus provincias más ricas; por ello tuvo que intensificar el comercio en las demás regiones. En Tebas y Corinto florecía la seda, en Patras, tejidos maravillosos de púrpura con encajes, finísimos tejidos de lana, y tapices; en Tesalónica, la segunda capital del Imperio, venían a su feria de San Demetrio comerciantes griegos, eslavos, italianos, franceses, españoles y mahometanos. Más tarde se reanudó el comercio con Egipto y Siria y sus mercados de Alejandría, Damasco y Alepo. Pero al apoderarse los turcos del Asia Menor, el Imperio concentró su comercio en el Mar Negro para abastecer Constantinopla. A los mercados del Imperio de Trebizonda llegaron mercaderes del norte para cambiar sus productos con los de la India, Ceilán y China. Igual que los comerciantes bizantinos iban a Kiev y a Novgorod, los rusos se dirigían a Constantinopla.

Con la IV Cruzada Venecia alcanzó su objetivo: conquistar Constantinopla y sustituirla en su comercio. El gran comercio de Oriente pasó a manos de los italianos.

Las invasiones mogolas que se extendieron de Asia y Rusia hasta Hungría interceptaron el comercio con el norte. La inseguridad general que comenzó a reinar en el Oriente índico y chino acabó con el comercio que se hacía con India y China. Sólo más tarde renació este comercio, cuando se descubrió por los portugueses la vía marítima alrededor de África.

Los gremios mercantiles de Constantinopla estaban regulados por el Estado; según el Libro del Prefecto de la Ciudad del siglo X, la finalidad de tal regulación era proteger tanto al consumidor como al productor. Estaban prohibidos el acaparamiento y la reventa. Se aseguraba al trabajador el salario debido, en contra de la avaricia del capitalista. Otro de sus fines era impedir la monopolización de cualquier industria por unos cuantos ricos. Nadie podía pertenecer a dos gremios a la vez.

Especialmente se regulaban los gremios de abastecimientos. El Estado determinaba el precio de compra de las materias primas,

y el de venta de los alimentos. Las ventas tenían que hacerse públicamente y en lugares determinados.

El comercio decayó en Bizancio al utilizar su dinero los ricos en la adquisición de tierras y no en el comercio marítimo. Por fin, vino a darse una grave lucha entre la aristocracia territorial bizantina con la aristocracia mercantil veneciana. En esta batalla fueron derrotados los inversionistas que buscaban la seguridad.

Los besantes, la moneda bizantina tenía curso en todo el mundo. Frente a la economía hacendaria del Occidente, la de Bizancio fue economía monetaria.

Bizancio fue griega por su idioma, literatura, teología y culto, y romana por su derecho, tradición militar, diplomacia, política fiscal y supremacía del Estado y bien público.

Por lo que respecta al pensamiento bizantino, Emile Bréhier dice en su Prólogo a la obra de Basilio Tatakis *Filosofía bizantina*, que en Bizancio hubo un movimiento ideológico decididamente autónomo. Presentan, sin embargo, extremada complejidad los movimientos ideológicos desarrollados en Bizancio. Hay agudas diferencias de espíritu entre los medios universitarios y los monasterios. El pensamiento bizantino conservó del helenismo la intuición del mundo que busca el lugar que ocupa el hombre en el orden universal de que forma parte, “así como esta alma que se arrie ga a abismarse en la contemplación de tal orden y a dejarse absorber por él”. Es el platonismo lo que tras Psellos y Plethón dice la última palabra en Bizancio.

Tatakis en su capítulo “Bizancio después de Bizancio” cita a A. Rambaud que considera a Bizancio como mero mediador, pues por intermedio de él pasaron las ideas y las ciencias de los persas, de los árabe y de los chinos. “Se ha reconocido también que Bizancio conservó los clásicos y supo, antes de derrumbarse, transmitírselos a los occidentales”. A ello dice Tatakis que en absoluto fue Bizancio mero mediador, puesto que se creó en el campo del pensamiento su propia fisonomía. Bizancio contribuyó a la forja de la filosofía árabe y a la de la escolástica occidental. Y en especial preparó el Renacimiento italiano.

Y prosigue Tatakis: “Ahora bien, lo que a primera vista puede parecer sorprendente, pero que es la prueba irrefutable de la fuerza vital de la espiritualidad bizantina, es que Bizancio no pereció, como decretaba Miguel Souriau, sino que persistió y vive todavía hoy, manteniendo su fuerza de formar y conformar la civilización de muchos pueblos”. Bizancio fue para el mundo griego,

eslavo y oriental, lo que Roma fue durante la Edad Media para el mundo occidental y germánico.

El Gran Príncipe de Moscú, Iván III se proclamó en 1472 el heredero de los emperadores griegos y quiso que Moscú fuera la III Roma, por ser la Rusia de los Zares sucesora de Bizancio.

Sin conocer la espiritualidad bizantina no se pueden reconocer las aspiraciones del alma neogrecas, del alma eslava. Dostoievsky ha dado la más perfecta expresión a esta alma atormentada por el sentido vivo del pecado y de la imperfección humana, ansiosa de su liberación mediante el perfeccionamiento.

Y finaliza Tatakis diciendo que: “la espiritualidad bizantina no ha pronunciado todavía su última palabra”.

Como también destaca en su obra *Grandeza y ocaso del Imperio de Bizancio y sus consecuencias internacionales. Decadencia de Occidente. El derrumbamiento europeo. Los Estados Unidos de Europa* (Madrid, 1950), don José Oriol de Bofarull.

Eduardo Aunós en *Bizancio* se ocupa de la trascendencia de Bizancio diciendo que ha ta hace pocos años fue considerado como una pura regresión, como un proceso antihistórico absurdo. Pero a comienzos de este siglo la civilización bizantina ganó prestigio, y de tal manera han variado las opiniones de los historiadores, que ahora expresan todo lo opuesto. Bizancio cada vez más ha aparecido como un gran foco de alta cultura y política. Y señala Aunós: “Representa el primer designio que ha sido capaz de ensamblar el Oriente y el Occidente, produciendo entre ellos un verdadero sincretismo. A un tiempo europeo y asiático, el imperio bizantino pudo aprovechar las experiencias, las tradiciones, los modos y la ideología de las dos humanidades, ensamblándolas dentro de un concepto cristiano. El imperio romano fue impotente para llevar a cabo una obra de cohesión tan completa. Fue un Estado cosmopolita, pero nunca logró extraer de sus variados componentes humanos una razón suprema de unidad de destino. En Bizancio, por el contrario, lo asiático y lo europeo encontraron su más íntima trama de concordia y, sin duda, como dice un historiador, de no haber caído bajo la invasión turca, la cuestión de Oriente, que tantas guerras ha costado, no habría llegado siquiera a plantearse”.

Y más adelante prosigue: “A título de primer servidor de Dios, el emperador reclama de sus nobles, de sus jueces, de sus jerarcas, que en la ejecución de las órdenes emanadas de él, pongan todo el calor de sus virtudes, pues tan sólo así, obedeciendo, se ennoblecen a sí mismos, y sirviendo se sentirán exaltados. El culto

rendido al emperador fue sustituido por el del honor. De este principio nació la nobleza de Occidente... Constantino creó una nueva nobleza cristiana, adherida a la corte. Con ella cerró un vínculo moral, basado en obligaciones morales recíprocas. Abrió diversos caminos para alcanzar la nobleza. Ahora bien, ninguno de ellos presupone un privilegio hereditario... Bizancio mantuvo la continuidad histórica de Roma, sin perder un átomo de su capacidad reformadora. El derecho público, el derecho civil de Bizancio, son la base de toda la estructura jurídica europea... Los intereses económicos quedaban protegidos eficazmente; una burocracia disciplinada y eficaz, que sirvió de modelo a las naciones del Occidente de Europa, se hallaba al servicio del imperio desde el siglo IV... Incluso la moneda acuñada por Bizancio, tenía prestigio universal y sirvió de módulo para los cambios entre países distintos”.

Sigue Aunós analizando el influjo de Bizancio en el mundo, con la cristianización del Oriente europeo, la influencia de Bizancio en el mundo eslavo.

“Por tal razón, es imposible comprender las últimas evoluciones, y los pueblos eslavos, incluso el comunismo ruso, sin conocer a fondo las instituciones bizantinas y las bases sociales sobre las que se asentaba el imperio”. “La revolución comunista de 1917, si en un principio pareció olvidar estas constantes de la política rusa, tan pronto adquirió conciencia de su fuerza las adoptó, cubriéndolas con otra bandera no menos alucinante y eficaz”.

Igualmente influyó Bizancio en la civilización islámica. “...Bagdad, capital del imperio musulmán, fue construida en gran parte por arquitectos y artesanos de Bizancio, y ...casi toda la intelectualidad mahometana de aquella época pasó por la Universidad de Constantinopla”.

Aún más importante fue la influencia bizantina en el mundo occidental. El Renacimiento se originó en Bizancio. Dice de éste Aunós: “Es como una re urrección del espíritu bizantino en el olar europeo”.

“Cuando las clases cultas de Bizancio tuvieron la intuición de que el imperio iba a derrumbarse ante las embestidas conjugadas de Oriente y Occidente, les dominó la obsesión de salvar los elementos básicos de su civilización prodigiosa...”. Hombres de la talla mental de un Gemisto Plethon y tantos otros emigraron a Italia, y allí enseñaron el griego, a Platón, a los alejandrinos. Floreció el humanismo como resultado de esta grandiosa aportación.

Entre los sabios bizantinos que emigraron a Occidente y promovieron el Renacimiento destaca el príncipe Constantino Láscaris, que en 1454 pasando de Corfú a Italia, fue preceptor de la princesa Hipólita Sforza de Milán, viviendo después en Roma protegido por el cardenal griego Besarión. En 1465 en Nápoles y en 1466 en Mesina fue profesor de lengua griega. Entre sus escritos el que mayor difusión ha alcanzado ha sido su gramática griega, llamada también *Erotemata*, el primer libro que se imprimió en griego (Milán, 1476). Escribió además dos tratados acerca de los sicilianos y calabreses que han escrito en griego. Fue maestro de Pietro Bembo y murió en Mesina, en 1493. Su pariente el príncipe Juan Andrés Láscaris, fue notable filólogo y helenista. También le protegió el cardenal Besarión, trasladándose a Padua donde comenzó sus estudios. Marchó luego a Florencia donde Lorenzo de Médici le puso al frente de su biblioteca. Acompañó a Carlos VIII a su regreso a Francia, trabando amistad con Guillermo Budé, y juntos organizaron la biblioteca real de Blois. En 1503, Luis XII le nombró embajador de Francia en Venecia, en cuya ciudad residió hasta 1509, año en que regresó a Milán. Lorenzo de Médici le envió por dos veces a Constantinopla y a otras ciudades en busca de manuscritos griegos que corrían peligro de ser destruidos por los turcos. Al regresar de su segundo viaje llevó consigo unos 200 manuscritos que en su mayor parte había adquirido en Athos, pero durante este tiempo Lorenzo de Médici había muerto, y entonces llamado por el rey de Francia se trasladó a París. El Papa León X le llamó de nuevo a Roma, y en tiempo de Francisco I de nuevo viajó a París. Por fin con Paulo III regresó a Roma.

Fue uno de los sabios que más contribuyeron a divulgar los conocimientos sobre Grecia en Europa Occidental. Se le deben varias ediciones de autores griegos, como la *Antología Griega* (1494), cuatro dramas de Eurípides (1495), una edición de Apolonio de Rodas y de Luciano (1496), escolios a Homero de Dydimas y Porfirio (1517-1518).

Aprovechó sus viajes a Turquía para obtener noticias de la situación militar y del espíritu de los turcos. Fue quien hizo que Andreas Paleólogo, cediera sus derechos a Carlos VIII (Roma - 6, IX, 1494) para que éste preparara una expedición contra los turcos y reconquistara Constantinopla. Pero murió Carlos y le sucedió Luis XII quien apoyó al Príncipe, así como al famoso cardenal Georges d'Amboise. Para los griegos Venecia vino a ser como su

segunda patria, por ello el Príncipe no favoreció los deseos de formar una Liga el Rey de Francia, el Emperador y el Papa contra Venecia.

Clemente VII en 1525 le envió como embajador a Carlos V después de la batalla de Pavía, para exhortarle fuera clemente con Francisco I, y que juntos combatieran a los turcos para recuperar Constantinopla. La alocución del Príncipe a Carlos V fue traducida por François de Bellefort, en la misma pedía la solidaridad de los cristianos frente al turco. Esta proposición desgraciadamente debido a las rivalidades entre ambos caudillos cristianos no obtuvo éxito.

Escribió en Florencia en 1489 sus *Anotaciones Genealógicas*, primera versión en Occidente de la historia de la Orden de Constantino el Grande, basándose en el escritor bizantino Georgios Camateros, contemporáneo de la restauración de la Orden por Alejo I Comneno el Grande.

El sobrino del príncipe Juan Andrés, el príncipe Juan Teodoro fue reconocido en Venecia y en Roma por el S.P.Q.R. en 1525 como legítimo Gran Maestre de la Orden Constantiniana. Con esta Orden se trató de reunir a los griegos exiliados bajo el mando del príncipe Juan Teodoro, de acuerdo con los Marqueses de Montferrato. La actuación tuvo lugar en Roma y con el pleno consentimiento de los Pontífices, con los privilegios inherentes de poder conceder títulos nobiliarios, por lo que otorgó algunos a griegos refugiados.

El príncipe Juan Teodoro fue un gran sabio y un auténtico patriota bizantino, pues puso toda su vida al servicio de la liberación de Grecia, a la divulgación del helenismo y al triunfo del Renacimiento en el Occidente.

La caída de Constantinopla conmovió a todo el mundo civilizado, y dejó triste recuerdo en el corazón de todos los griegos, que todavía cantan con Smiarki: "Tomaron la ciudad, tomáronla; tomaron a Tesalónica; tomaron también a Santa Sofía, el Gran Monasterio que tenía trescientas campanillas y sesenta campanas, cada campana un sacerdote, cada sacerdote un diácono. En el punto en que se muestra el Sacramento y el Rey del Mundo, les vino una voz del cielo, de la boca de los ángeles: Dejad esa salmodia, colocad en tierra al santo y mandad decir a los occidentales que vengan a tomarlo; que tomen la Cruz de oro, el Santo Evangelio, y la Sagrada Mesa, para evitar que sea violada. Cuando la Virgen la oyó, lloraron sus imágenes. Tranquilizaos, Señora

Nuestra, no lloréis; de nuevo, con el transcurso de los años, estas co as volverán a ser vuestras”.

El establecimiento de los turcos en el suelo de Europa comunicó a ésta con el Oriente. Los sultanes turcos cerraron una exten a porción del planeta que vino a separar los mundos civilizados, pue en ella sólo reinó la incultura, la barbarie y el salvajismo, con toda clase de inhumanidades y sevicias.

Los turco cerraron toda clase de rutas con el Oriente, ello obligó a lo occidentales a buscar nuevos caminos allende el océano.

Al taponar los turcos las tradicionales rutas comerciales, los españole intentaron llegar a la India por Occidente, y los portugueses costeano el Africa. Ambas eran las dos únicas rutas marítimas posibles. Pocos años después de la caída de Constantinopla Colón descubrió América en su intento de llegar al Gran Kan o al Preste Juan, para constituir una gran tenaza sobre el mundo mu ulmán que obligara a la conquista de Jerusalén para Cristo. Proyectaba Colón que con los tesoros que obtendría en su viaje podría levantar la cristiandad ejércitos que permitieran nuevas cruzadas contra los infieles.

En el siglo XIX es cuando de nuevo entra el Occidente en mayor contacto con el Oriente, y en el siglo XX se plantea la posibilidad no sólo de convivencia sino también de armonía entre las concepciones del mundo del espíritu en Occidente y en Oriente.

Pitirim A. Sorokin, famoso filósofo de la historia y sociólogo norteamericano, presenta la genial tesis de Northrop, en su obra *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*, sobre el Oriente y el Occidente.

La obra de Northrop *El encuentro de Oriente y Occidente* fue escrita con motivo de una conferencia de filósofos orientales y occidentales que tuvo lugar en Honolulu, bajo los auspicios de la Universidad de Hawaii, con el fin de hacer un estudio comparado de las historias culturales e ideológicas de Oriente y Occidente. Northrop intervino en esta conferencia, y su libro es contribución al fin propuesto por la misma.

Analiza Northrop las culturas e ideologías de Europa, de Norteamérica y de México, presenta una tesis “de solución teórica del mundo contemporáneo occidental”, y un estudio de las culturas y religiones chinas, japonesas e indias, así como una descripción del contemporáneo Oriente.

Northrop descubre dos extensos sistemas culturales o supersistemas: “Uno basado sobre componentes “científicos” o “teóricos”,

el otro sobre componentes “estéticos” o “intuitivos”. El primero dominante en la cultura occidental, y el segundo en la cultura oriental”.

El conocimiento e tético o intuitivo se debe y se refiere a objetos llegados directamente a través de la experiencia, no pensada mediante conceptos y solamente cognoscible para la persona que tiene tal experiencia.

El concepto estético indiferenciado es el Jen en el confucianismo, Tao en el taoísmo, Nirvana en el budismo, Brahma, Atman o Chit en el hinduismo, la presencia de San Agustín, del Pseudo-Dionisio, de Juan Escoto Erigena, de Nicolás de Cusa, y de los grandes místicos.

Esta forma indiferenciada del aspecto estético de la naturaleza de las cosas ha sido intuida en las culturas orientales de China, India, la cultura budista o jainista.

Por el contrario el conocimiento teórico o científico, concepto o noción es indirectamente obtenido de y referido a lo constitutivo en la naturaleza de las cosas que nunca se ha presentado como “experiencia pura”. Ser científico significa ser metafísico, trascender la experiencia inmediatamente dada.

Para Northrop la cultura Occidental ha estado dominada por el más amplio supersistema cultural científico, basado sobre el conocimiento teórico o científico (a base de postulados).

Las principales religiones y morales del Oriente, como el confucianismo, el taoísmo, el hinduismo, el jainismo, con su continuo estético indeterminado de Jen, Tao, Brahma, o del vacío Nirvana; el arte chino, hindú y budista, especialmente la pintura; su psicología, con sus indeterminados “quizás” o “puede ser”; la tolerancia de estas morales y religiones respecto a otras, como diferenciaciones del continuo estético indiferenciado; sus leyes y aun muchas formas de sus procesos económico y políticos, son solamente articulaciones del “componente estético” básico.

Por otro lado el progreso de la ciencia y de la tecnología occidentales; las religiones teístas y deístas, postuladas directamente e indirectamente racionalizadas; la ética y el derecho occidentales racionalmente determinados, el arte occidental, que sirve para expresar alguna idea teóricamente concebida o algún valor; la filosofía predominante en Occidente, el aristotelismo tomista, el racionalismo cartesiano, el empirismo, el criticismo kantiano, el positivismo de Comte y Spencer, la dialéctica hegeliano-marxista, el existencialismo son articulados de componente teórico.

Todos los principales sistemas culturales y las instituciones sociales están basadas en sus propias filosofías, las cuales se fundamentan en los respectivos estados de la ciencia (de la aprehensión estética). Para Northrop el mejor camino para resolver los conflictos es eliminar la contradicción real o aparente entre la ciencia matemática y natural de las culturas y sociedades en conflicto. Y después la contradicción entre las filosofías básicas, fundamentadas en las diferentes ciencias naturales de las instituciones y sistemas culturales en conflicto. Para de esta manera llegar a la compatibilidad y la armonía.

Si los fundamentos científicos, estéticos y filosóficos de sistemas culturales antes incompatibles se hacen compatibles, entonces los sistemas culturales, sus instituciones sociales y sus grupos humanos e hacen a su vez compatibles.

El conflicto entre la cultura predominantemente estética del Oriente, y la cultura predominantemente teórica del Occidente, y al ser la ciencia y la filosofía de cada una de estas culturas unilateral e inadecuada, Northrop propone una correlación epistemológica de los componentes estético y teórico en una unidad complementadora.

Precisamente, olvida Northrop, que máximo ejemplo histórico de exponente de esa unidad complementadora de los elementos estéticos y teórico, del Oriente y del Occidente, fue Bizancio. Y tal diversificación en dos opuestos polos se profundizó a la caída del Imperio bizantino. No debe en manera alguna el Filósofo de la Historia dejar en el olvido que fue la ligazón de los mundos, de sus mentalidades, de sus actitudes ante la vida y la muerte, el armonioso sincretismo de la espiritualidad del pensamiento y de la creación bizantina.

El helenismo a través del filobizantinismo se presenta más ecuménico y mundial, e igual que el helenismo produjo el Renacimiento de Occidente, el filobizantinismo en esta época de crisis y de lucha de unas filosofías sociales con otras, puede servir de módulo orientador en el cual confluyan las miradas puestas en metas trascendentes y mundiales.

La armonización de las conciencias y de los hombres bajo los elevados postulados que preconiza tan recta como eficazmente la UNESCO, organismo modelo vivificador y orientador de la cultura en el mundo, harán realidad esta magna empresa.

Constantinople: East and West

Etymologically the terms East and West express opposite meanings and they point to the two large parts into which the world was divided during antiquity and the Middle Ages. History, however, is essentially continuity and solidarity, and the life of every nation evolves within the universal history of all peoples. Greece is an example of this, showing in its beginnings the influence of the East on the Mediterranean civilizations, and during its last period the Greek reaction on the East. From this contact there derives a mutual enrichment. After the Hellenistic period, during which Alexander endeavours to join Greeks and Persians together, managing to originate, even in far away India, a Greco-Buddhist civilization, the Empire of Byzantium is the clearest example in world history of the syncretism between the Eastern and Western worlds.

Byzantium is not only the heiress of Rome but also of the Hellenistic Empires and of Alexander the Great, having over them the advantage of being in possession of something new and superior: Christianity. The eleven centuries of the Empire of Byzantium were a haven for the expansion of Christianity at the same time that they kept alive those aspects of classical civilization that were to be a yeast for the rebirth of the Western World. Constantinople took the internationalism of conquered Rome and changed it into a universal Christian mysticism, intermingling law and theology, joining the transitory world to the permanent cosmos. Its successive emperors showed great interest in the increase and betterment of universities; they founded libraries, increased the number of teachers and interested themselves greatly in the reproduction of classical manuscripts. Instruction was the main preoccupation of the state, and a good education was the ideal of every citizen of Byzantium.

Byzantium was also an ecumenical state from the point of view of race: it included Greeks, Illyrians, Scythians, Frigians, Hittites, Gauls, Iranians, Arabs, Slavs, Armenians, Varangians, Franks, etc. It was enough to be a Christian and to speak Greek to be an accepted citizen of the Byzantine community; nationalism, therefore, was a concept foreign to it.

The Empire of Byzantium kept up a lively land and sea trade throughout the whole of the known world until it was displaced by the Italians after the fourth crusade. Its commercial leader-

ship strengthened the sound economy of Byzantium, directed and stimulated by the state.

Within the field of thought the contribution of Byzantium helped to forge Arab philosophy and the scholastic of the West. Beside , it made way for the Italian Renaissance. Byzantium exerted great influence in Russia, to such an extent that without a solid understanding of Byzantine spirituality it is not possible to recognize the aspirations of the Slavic soul.

Byzantium was at the same time European and Asiatic, and it put to good use the experiences, traditions, ways and ideology of both East and West, blending them within a Christian concept. When the fall of the empire seemed imminent the cultured groups of Byzantium emigrated to Italy so as to save the basic elements of their prodigious civilization. Such is the case of Gemisto Plethon, Prince Constantin Láscaris, and others.

The fall of Constantinople at the hands of the Turks brought about the lack of communication between Europe and the East. The Sultans closed the routes to the Orient, so that Constantinople had to search for new ways across the ocean. A few years later, attempting to reach the lands of the Great Khan. Columbus discovered America.

In the history of human action and thought Byzantium constitutes the best example of the complementing unity of esthetical and theoretical elements of East and West proper to the two cultural systems distinguished by Northrop, and which deepen their polarization after the fall of Byzantium.

From there that, just as at the end of the Middle Ages Hellenism gave birth to the Renaissance of the West, in our present times of crisis and bitter struggle between various social philosophies, philo-Byzantinism may serve as an orientating module for those who seek transcendent and world goals.